



NOCTURNO LUMINOSO

El torreón iluminado, remozado y bellamente captado por el objetivo magistral de Arístides que con su arte enaltece la obra alcazareña.

Todo en esta vista es perfecto, insuperable. Sólo le falta lo que no puede dar el hombre, el envejecimiento, la maceración del tiempo que sienta la obra y da a la portada de nuestro libro primero su gran temple y el carácter evocador de su valer histórico.

Son notables y altamente significativos los nombres de las construcciones intercaladas en la muralla de la antigua fortaleza con el nombre de torres y otros muy similares como este del Torreón que se adjudica a don Juan de Austria por su prisión en la fortaleza. La Torre del Cid, que échate rango, ya desaparecida pero indudable como por su alcurniosa motivación se vislumbra.

La Torrecilla, conocida y desaparecida hace poco a pesar de estar en las manos de Heliodoro Sánchez que tenía el orgullo muy legítimo de su genealogía cervantina. El cubillo que perdura. La torre del cementerio de San Juan, apenas demolida, como la torre convertida en Ayuntamiento y sus tres agregados para darle capacidad de albergue.

Crucé tantas veces los Sitios despoblados para ir a la Torrecilla de la mano de mi madre a ver a su padre, que no resisto la tentación de dejar a los venideros la estampa comparativa de aquel Torreón con el de ahora restaurado.

No hay que extrañar los cambios porque hace falta mucho gusto, muchas entendederas y no escaso caudal de amor alcazareño para conservar al viejo Torreón su aspecto decrépito, sus escalones de piedra nativa desgastados por el continuo pisar del ciego, de tanto entrar y salir, la corraliza de las cáscaras y mondaduras del gorrino de San Antón y esas mujeres y sus criaturas, que son eternas y tan naturales como las lonchas de caliza del subsuelo que las soporta, como hitas del terreno desenterradas por el tiempo y los elementos naturales actuando en la poca hoz que forma la calle para ir a parar a la veguilla de Palacio.